

Pero, ¿para qué hombre hay miedos en el mundo, cuando va á ver á la mujer que adora?

IV.

El embozado casi entró la cabeza por entre los hierros que, en forma de cruz, defendían la ventana, y habló muy bajo con la mujer, y como recelándose de que le oyesen.

Guadalupe le dijo ántes de que se marchara:

—Te digo que no le hagais ningun daño.

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Y cuándo nos casamos?

—Lo que tarden en correr las amonestaciones.

—¿Entónces el mes que entra?

—Para el día de San Juan habrás sido ya mía.

—¿Lo juras, Jimenez?

—Te juro que habrás sido mía, ó de nadie.

Jimenez hizo la cruz con los dedos y la besó.

—Si no fuera por tí, por tu amor, por llamarte mía, ¿arrojaría yo este peso sobre mi conciencia?

—Adios y quiéreme mucho.

—Hasta el altar te quiero.

La ventana se cerró, y el embozado se perdió en las tinieblas.

Los vientos y las aguas arreciaban, y recrujan sobre los cristales de la casa como si fueran granizos.

V.

Al anoecer del día siguiente, despues de rezar el señor de Beltran con sus dos criados la oracion de la tarde, se disponia á salir, segun su costumbre, ántes de lo cual le dijo á su criado:

—Juan, puesto que es noche del *Corpus*, vete á pasarla con tu familia hasta las once.

—Si V. me necesita, yo no tengo empeño.

—No; Guadalupe, que ha salido esta tarde, se quedará hasta las diez, que yo vuelva, sola; atrancando bien la puerta, no puede ocurrir nada, porque esta noche, fuera de algun alumno de Baco, nadie se mete con nadie.

El criado salió alegre y contento, y Guadalupe dijo á su amo:

—¿Ha recogido V. todas las llaves de las gabetas y los armarios?

—Pues qué, ¿no eres tú de fiar? añadió don Juan Pedro.

—Eso V. lo sabrá.

—Sí, sí; yo me fio de tí; ya lo sabes tú, dijo el amo sonriéndose.

La criada le entregó el sombrero, el espadín y el paraguas, diciéndole:

—Que no venga V. despues de las diez; que no quiero que esté V. tarde en la calle.

—Mucho te cuidas de mí.

—Como que no es V. un niño, y hace una noche de agua y viento que espanta.

—Aquí en la Almedina suena doble el viento que en toda la poblacion.

El señor de Beltran echó una mirada furtiva á la doncella, que estaba ataviada como cuando salió á paseo por la tarde, pareciendo como que decia para sus adentros:

No es mal bocado para un pícaro.

Don Juan Pedro salió, y oyóse á la criada correr los cerrojos, arrastrar la cadena y encajar la tranca.

VI.

El reloj de la iglesia Mayor de Baena daba las diez, y á continuacion la campana de la queda anunciaba al vecindario que era la hora de recogerse.

Don Juan Pedro Beltran, obedeciendo á la consigna, subia por la calle de la Carrera, entraba en la de la Tela, hoy llamada de Amador de los Rios, porque este eminente escritor

nació en la casa que lleva el número 23 en dicha calle, y ya iba á acercarse al arco de la Villa.

Ya hemos dicho que Baena estaba cercada por una fuerte muralla de piedra tosca, por más de cincuenta torres, y rota por unos cuantos arcos, que conservaban otras veces puertas de hierro, de las que restan sólo las argollas en que giraban.

De estos arcos se conservan todavía los llamados Marina Alba, Santa Bárbara, Consolacion, Oscuro y la Villa. Eran las únicas entradas que habia para la Almedina, que, una vez cerradas, se convertia en una fortaleza inexpugnable en aquel tiempo.

El arco de la villa era el que daba acceso á las calles que tenia que recorrer D. Juan Pedro Beltran para llegar á su casa, sita, como hemos dicho, en la plazuela de Clavijo.

A este objeto entró en la calle de la Tela en su último extremo para ganar el arco, alrededor del cual habia entónces un despoblado y una ladera pendiente que iba á parar al sitio llamado la Cava, hoy despoblado como entónces. Cerca del arco se han construido despues algunas casas de tapia, tan mezquinas como raquíticas.

Don Juan Pedro subia cubierto con su paraguas, mediante lo cual y la oscuridad intensa

que reinaba, no pudo ver tres bultos, que quizás yendo con cuidado tampoco hubiera visto, que estaban apostados en la ladera.

Antes de ganar el arco, oyó una voz que le dijo:

—¿D. Juan Pedro Beltran?

—Sí; ¿qué quereis?

Apénas pronunció estas palabras, cuando los tres bultos se arrojaron sobre él como fieras, lo sujetaron y lo ataron.

Don Juan, revolviéndose como pudo, arrancó á uno el antifaz, que todos llevaban, y al reconocerle dijo:

—Jimenez, no me mateis.

Un grito espantoso, y el ruido de un cuerpo que rodaba por la ladera, sucedió al ruego de D. Juan.

VII.

Un cuarto de hora despues, los tres bultos entraban en la casa de la plaza de Clavijo, cuyas llaves llevaban á prevencion.

Guadalupe les salió á recibir y les preguntó:

—¿Y mi amo?

—Allí queda, la contestó Jimenez, el cual añadió, dirigiéndose á otro de los compañeros:

—Tú, hermano, toma esas llaves y limpia

aquellos arcones: yo pasaré revista á los baules.

Cuando Guadalupe les vió extraer el oro, la plata, pedrería, monedas, joyas y alhajas, se dirigió á su novio y le dijo:

—Mira, Jimenez, que me voy contigo.

—Me parece, dijo él, que preferirás quedarte con tu amo, que no te iba mal con él.

Ella conoció la intencion de estas palabras, y le contestó:

—Tú has venido á engañarme.

—No seas tonta, que todo se arreglará.

—¿Tienes la llave de este armario? preguntó el hermano.

—No: sin duda se quedó trasconcejada en el bolsillo de D. Beltran.

Y diciendo esto sacó un puñal para descerrajar el armario.

Al ver el puñal manchado de sangre hasta el puño, exclamó Guadalupe:

—¡Infame! ¿Qué has hecho de mi amo?

—Esto, le contestó Jimenez clavándole el puñal.

Un grito de horror sucedió á estas ultimas palabras, y despues un silencio sepulcral reinó en toda la casa.

VIII.

A la mañana siguiente, los corrillos de curiosos que se reunían en el Coso comentaban las anteriores escenas de mil modos. Uno que parecía más enterado que los demás, y en efecto lo estaba, contó que el cadáver de don Juan Pedro Beltrán lo habían echado á rodar por una ladera á la Cava, despues de haberle robado las llaves de la casa y los baules, mediante lo cual entraron en ella, asesinaron á la criada para que no declarase, puesto que debió conocerlos, habiéndose llevado cuanto dinero y alhajas encontraron, que sería bastante, porque D. Juan era muy rico.

El criado declaró que, al llegar él, salían tres embozados que no conoció por la oscuridad de la noche, y aunque dió voces, no acudió nadie en aquella soledad.

IX.

Los parientes del finado colocaron entónces, en el sitio que sucedió la catástrofe de D. Juan, una cruz de piedra de cerca de dos metros de altura, en cuyos brazos se lee la siguiente inscripción: *Aquí mataron á D. Juan Pedro Beltran de Eraso, año de 1782.*

Cuando se edificaron, hace más de cincuenta años, las casillas que hoy existen al borde de la ladera, colocaron la cruz algo más arriba, donde hoy se conserva, descansando sobre el Arco de la Villa.

Esta es la historia de la *Cruz del Arco*.

HISTORIA DE UNA MONJA MILAGRERA.

I.

Allá por los años de 1489, una señora virtuosa y respetable, y de una piedad que rayaba en fanatismo, fundó en la ciudad de Córdoba un beaterio destinado al retiro de viudas y mujeres que siempre hubiesen observado una vida ejemplar en cuanto á virtud y honradez; la misma señora constituyó en sus casas, sitas en la calle de Valderrama, el expresado beaterio, donde ella era la primera que con las demás elegidas para el caso, observaba la regla tercera de San Francisco.

Dos años despues de dicha fundacion, la señora doña Marina de Villaseca, viuda del noble y valiente caballero García de Montemayor, autora de tan loable pensamiento, quiso ensancharlo grandemente, y para conseguir su objeto, aumentó las rentas del beaterio, fundando en su lugar un nuevo convento, que le fué au-

torizado por Bula de Inocencio VIII, fecha 6 de Enero de 1491, y el cual estableció en la ermita de la Visitación de Nuestra Señora que se encontraba en la parroquia de Santa Marina.

Este convento, que es el conocido bajo la advocación de Santa Isabel de los Angeles, y del que eran patronos los señores de Villaseca, gozó siempre gran reputación por la severa austeridad de sus religiosas, y la rigidez de su disciplina. Muchas monjas pudiéramos citar de este convento, que fueron modelo de virtud y santidad, desde sor María de Jesús, que murió en opinión de Santa en 1512, hasta doña Francisca Lopez de Haro, que con otras siete hermanas suyas fueron de ejemplar honradez, y dejaron una gran reputación durante todo el siglo XVII.

Por último, sólo diremos en honra de este Monasterio, que se tenía en tanto su severidad y su rigidez, que en 1520 fué encargada la hermana menor de la fundadora, llamada también sor Marina de Villaseca, de fundar con doce religiosas del mismo convento, el de Santa María de Jesús de Sevilla, del que fué priora hasta su muerte.

Además de ser notable por su numerosa comunidad, que casi siempre pasaba de cincuenta monjas, era objeto de gran veneración por par-

te de los cordobeses, á causa de la solemnidad de las fiestas religiosas que celebraba en su visitada iglesia, cuanto por las cristianas y santas reliquias que conservaba, debidas á la piedad y veneración de muchos y poderosos devotos. Allí, dentro de preciosas urnas, guardaban cuidadosamente: un pedazo del *Lignum Crucis*, una *Espina* de la corona del Señor, la cabeza de San Gedeon, otra de Santa Hosima, martirizada con Santa Ursula; un dedo de la Magdalena, una canilla de San Sebastian, una reliquia de San Diego, y un pedazo del báculo de San Francisco, á cuya Orden pertenecían aquellas benditas madres.

Entre las imágenes de gran devoción que se encuentran en este convento, hay una cabeza del Señor, coronada de espinas, hecha de una materia desconocida: sólo se sabe que el valiente caballero D. Diego Lopez de Haro, de la casa de los marqueses del Carpio, en uno de sus viajes la halló flotando milagrosamente en el mar, y recogida que fué, la donó á este convento, así como también la de San Juan Bautista, que habían llevado los cristianos en la batalla de las Navas de Tolosa.

La fama de este Monasterio contribuyó á que bien pronto sus claustros se poblasen de jóvenes religiosas, que iban á enterrar la flor

de su juventud bajo las bóvedas sombrías de aquella santa casa, donde las esperaba una vejez prematura, pero tranquila y sosegada, como el que tiene consagrado su espíritu solamente al rezo y á la meditación.

Sería el año de 1505, poco más ó ménos, cuando entró de novicia en este convento una niña que apenas tenía trece años, pero que asombraba por su desarrollo y su devoción, y la cual tomó el hábito á los quince apenas cumplidos. Esta niña se llamaba Magdalena de la Cruz, sin que se supiese otra cosa de su vida, su nacimiento ni su familia.

Entónces era, como hemos dicho, enteramente una niña, y nadie la conceptuó más que como una flor naciente que iba á perfumar el Monasterio con su inocencia y su candor.

La niña, sin embargo, llegó á ser mujer, recibió por esposo á Jesucristo, por medio de un solemne voto, y así como creció en años fué creciendo en santidad y en virtudes, hasta el extremo de que nadie dudaba de su futura canonización. Pocas monjas se habían visto hasta entónces de vida tan ejemplar, y de santidad tan reconocida.

La fama de sus virtudes se extendió de pueblo en pueblo y de convento en convento, de tal manera, que eran infinitas y cuantiosas las

limosnas que recibía de todas partes, las cuales siquiera penetraban en el silencio de su celda, sino que tan pronto como llegaban al Monasterio, eran repartidas entre los pobres y menesterosos, que bendecían á cada instante aquella pródiga mano que socorría sus necesidades.

Al mismo tiempo que se hablaba de su caridad y nobles sentimientos, y que todos se hacían lenguas de ella por su esplendidez y desprendimiento, empezó á correr el rumor de su santidad, unido al de los milagros que hacía desde el rincón de su claustro solitario.

Segun dice la historia manuscrita de donde hemos tomado estos apuntes, era visitada y considerada en extremo por cuantas personas tenían conocimiento de sus virtudes, y habían oído las exageraciones de sus portentosos milagros. El vulgo, propenso siempre á las escen-tricidades del fanatismo, la miraba en vida como una Virgen sagrada; la nobleza, también sencilla y dada á las supersticiones, conservaba como reliquias todos sus pequeños dones y hasta sus cartas, llegando á tanto el aprecio y la santidad en que se tenía, que el mismo emperador Carlos V, segun cuenta la expresada crónica, le remitía las mantillas de sus hijos para que las bendijese.

Excusado es decir, que tan relevantes cuali-

dades le conquistaron bien pronto el puesto de abadesa del convento de Santa Isabel de los Angeles, sin que ella mostrase descos de obtenerlo, y á pesar de las aspiraciones de otras monjas de la primera nobleza, que no tuvieron más que disimular su sentimiento y mostrar la más aparente tranquilidad ante el favor que disfrutaba Magdalena.

Entre los muchos milagros que se contaban de ella, de los cuales hemos visto algunos, citados por una religiosa compañera suya de convento, testigo ocular de ellos, vamos á exponer algunos con la misma sencillez con que los refiere la expresada monja, para que se vea que no tiene nada de extraño que en aquellas circunstancias y en aquellos tiempos de espíritus fanatizados, llegase á tanto grado la mistificación y superstición de la época, cuando más de tres siglos despues, y en medio del descreimiento y el desórden de la edad moderna, casi hemos presenciado idénticas escenas de fanatismo.

Cuéntase que un dia, y cuando más gozaba de fama y popularidad, al bajar una escalera cayó desgraciadamente, fracturándose una pierna, y quedando de este modo por mucho tiempo imposibilitada en el lecho del dolor, á merced de los severos procedimientos de la ciencia

de los severos procedimientos de la ciencia

médica. En medio de esta imposibilidad de moverse en que se encontraba, llegó la *Octava del Corpus*, en que llamó su atención los clamores de las campanas y cánticos religiosos que se oían á lo léjos, Las monjas todas acudieron á sus miradores para ver á través de sus celosias desfilár aquella suntuosa procesion. Magdalena de la Cruz, que se hallaba imposibilitada de moverse, como hemos dicho, viendo en su fervor que no podia acudir al lugar en que estaban sus compañeras, por su obstinada postracion, cruzó las manos con trabajo, murmuró una oracion, y al eco de su última palabra abrióse la pared de su celda, y estuvo de este modo viendo desde el lecho pasar la procesion, cerrándose de nuevo el muro luégo que pasó la Custodia y concluyó la ceremonia. Este milagro lo refiere la monja de quien tomamos algunos de estos hechos, y era referido con asombro en el convento y fuera de él, contribuyendo á acreditar su fama y su santidad.

Algunos dias despues de esto, no habia hecho el médico más que reconocerla y pronosticar la amputacion de la pierna ó un fin desastroso, cuando se levantó y salió andando sana y buena.

Otra vez, ya curada de aquella penosa enfermedad, volvió á la comunión divina que recibia.

bían las monjas, según el rito de la religión, y sus hermanas en Cristo quedaron sorprendidas y enteramente pasmadas cuando vieron que la Divina Forma, volando de las manos del sacerdote que les daba la Eucaristía, á manera de una palomita blanca, fué á posarse en la boca de Magdalena, que la recibió orando de rodillas.

Las monjas, que á pesar de todo participaban de la envidia y de la curiosidad, además de que se iban cansando de verla objeto de todas las atenciones y favores, empezaron á observarla y á seguirla á todas partes, sin perder sus más pequeños movimientos ni sus más insignificantes acciones.

Como este eterno espionaje llegó á ejercerse á todas horas, observaron una noche que entraban en la celda y se montaban en el lecho de la Magdalena, infinidad de hermosos carneros negros. Interrogada al día siguiente por las compañeras, sobre la aparición extraña de aquellos animales, les contestó que eran ánimas del Purgatorio que iban á buscarla en demanda de rezos y limosnas.

Otra noche se encontraba rezando sus cotidianas oraciones con una de las religiosas á quien tenía particular afecto, cuando se le apareció un hombre, negro como el terciopelo, que

ella recibió con la mayor amabilidad, mientras la compañera, aterrada, empezó á gritar, tratando de huir de aquella espantosa y súbita visión, que más parecía del diablo que de otra cosa.

Entonces Magdalena la contuvo, calmándola la sorpresa con estas palabras:

—No tengas cuidado, que este es mi serafincito, que no se mete con nadie, ni hace mal á persona alguna.

La compañera se calló por el pronto, pero al día siguiente contó á todas la aparición del serafincito; las otras monjas contaron otros milagros de este jaez, se formaron corrillos en las celdas, se hicieron grandes comentarios, y, por último, se extendieron tanto las ocurrencias y visiones de Magdalena, que llegaron á oídos del Provincial de la Orden, que lo era á la sazón el Rdo. P. D. Pedro Vergara.

Este, que por lo visto no entendía mucho de asombros ni de apariciones, se presentó en el convento, y sin otros antecedentes ni averiguación del fundamento de aquellos milagros, cerró á la monja en un calabozo hasta que se dispusiese otra cosa.

La prisión de Magdalena produjo un verdadero escándalo entre las gentes meticulosas y sencillas, que habían admirado con religiosa fé

sus milagros, y esperaban verla pronto colocada en un rincón del calendario.

La nobleza, que tanto había ponderado sus virtudes y con tanta esplendidez pagado su caridad, sufrió un verdadero pesar con aquel golpe *ab irato*, y trató de buscar los medios de resolver el problema lo más favorable posible á aquella mujer, que en su concepto era una verdadera santa.

Por último, las monjas, unas sintieron sinceramente aquella rigurosa medida, y otras aparentaron un sentimiento que era todo lo contrario de lo que les exigía la envidia.

El Provincial, hombre sagaz y astuto, empezó á obrar reservadamente y á poner los medios necesarios para el descubrimiento de aquel enojoso enredo, logrando en parte poner en claro los milagros y los misterios de aquella mujer, que tenía embaucadas á todas las gentes de aquel tiempo, y á la que desde el pechero hasta el rey habían rendido pías y prestado gran favor y consideración por sus mistificaciones.

El Provincial, según se cree, tuvo algunas sospechas ó revelaciones secretas que le confirmaron las espías de que la cercó, por lo visto, y de ahí nació aquella rigurosa medida, que fué una verdadera profanación para las almas cristianas.

Algunos hasta creyeron que iba á caer un castigo del cielo por aquel atentado inaudito, mucho más cuando nada se había hecho ni probado en público que justificase la culpabilidad de aquella mujer, que vivía, según todos opinaban, en olor de santidad.

II.

«Llegó ésta á gozar tal fama de santidad, dice una de las Crónicas de que tomamos esta tradición, que todos la conocían por la monja milagrera: á ella acudían en demanda del alivio de sus males: los nobles le consultaban los asuntos más áridos, y todos creían que, después de muerta, sería colocada en los altares.»

Encerrada é incomunicada Magdalena, dentro de la cárcel, continuó haciendo sus milagros, que casi puede decirse se multiplicaban, al paso que aumentaban los rigores para con ella; hasta el punto que todo el mundo se quedaba admirado, y sus compañeras, asombradas y estremecidas contemplaban enteramente pasmadas la rara y extraña conducta de aquella mujer misteriosa.

Cuentan al efecto las Crónicas, que en esta época en que se hallaba imposibilitada en el lecho del dolor á causa de unas llagas mortales